

ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA
CORRESPONDIENTE DE
LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DISCURSO DE INCORPORACIÓN
COMO INDIVIDUO DE NÚMERO
DE

Doña Lourdes C. Sifontes Greco
(EXTRACTO)

•

CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO

Don Luis Barrera Linares

•

Acto celebrado el día 7 de mayo de 2018
en el paraninfo del Palacio de las Academias



Caracas, 2018

**METÁFORAS, ESPACIO Y PERSONA(JE)S:
LA VIRTUALIDAD HUMANA
ENTRE LA LENGUA DE LA RED Y LA RED DE LA LENGUA
(Y LA LITERATURA)**

Extracto leído en el paraninfo del Palacio de las Academias el 7 de mayo de 2018

Señor presidente y demás miembros de la junta directiva de la Academia Venezolana de la Lengua; individuos de número y miembros correspondientes de la corporación y de las demás Academias Nacionales que hacen vida en el Palacio; autoridades universitarias; familiares de don Alexis Márquez Rodríguez; querida familia y queridos amigos, colegas, estudiantes:

Abro este recorrido con un cordial y agradecido saludo a todos los rostros que veo con alegría y no sin cierto vértigo desde estas alturas.

En las pocas y torpes palabras con las que espero acertar a expresarlo, agradezco a doña Yraida Sánchez de Ramírez, don Luis Barrera Linares, don Francisco Javier Pérez y don Edgar Colmenares del Valle haberse aventurado a proponer *un nombre de tan poco renombre* como el mío, con la disposición conmovedora de doña Carmen Mannarino de Mazzei, quien, si bien no alcanzó a rubricar este lance, parece haber tenido en buen concepto a esta antigua compañera de las aulas de la Universidad Simón Bolívar. Espero estar a la altura del compromiso que representa sumarme al camino que la Academia ha construido y que, gracias al esfuerzo de la Junta Directiva y los numerarios actuales, continúa construyendo.

Rindo homenaje a algunas presencias que extraño: Antonia Palacios, Ida Gramcko, Elizabeth Schön, Oswaldo Trejo, María Tomasa Martínez, Shmariahu Bechar, Carmen Vincenti, y a dos individuos de número que ocupan un lugar especial en mis recuerdos: don Luis Beltrán Guerrero y don Carlos Pacheco. Y sumo y resumo un agradecimiento a mis profesores, tutores, compañeros y colegas de la Universidad Central de Venezuela y la Universidad

Simón Bolívar, y muy especialmente a los estudiantes propios y ajenos con los que he aprendido y sigo aprendiendo.¹

Quiero reconocer y agradecer la huella de mis maestras de los primeros años, la de los amigos, la de mi familia, la de mi compañero de vida.

Y como siempre es posible que algún duende robe recuerdos y deudas de los estantes del afecto, apelo a la indulgencia de quien no se sienta representado en esta salutación.

Agradezco entonces la presencia y la paciencia de todos, y recibo con la humildad, la disposición y los temores y emociones del caso esta “herencia de la Z”: el honor de suceder a don Alexis Márquez Rodríguez en el sillón letra Z de esta Academia que cuenta ya con ciento treinta y cinco años de historia.

Después de doña Lucila Palacios (Mercedes Carvajal de Arocha), primera mujer individuo de número de esta corporación y voz fundamental en nuestra narrativa femenina, llega al sillón letra Z don Alexis, a quien me atrevo a llamar, apelando a la inicial de cierto espadachín de la cultura popular y en el mejor de los sentidos, un justiciero de la lengua y de las letras, que dedicó energías y pasiones a estar y trabajar, desde la A de Alexis hasta la Z final de sus apellidos, *con la lengua*. Con su discurso *Ideas y estética en la literatura venezolana*, pronunciado en este paraninfo el diecinueve de marzo de 1996, refrendó su compromiso con la palabra. Su figura y su genio merecen mucho más que esta mínima semblanza, que ha sido posible gracias a la calidez y a la generosidad de su hijo, Gustavo Alexis Márquez Villa.

Don Gregorio Alexis, el menor de cuatro hermanos, nace el doce de abril de 1931. Sobre el lugar, solo diré que firmó algunos textos como “El otro de Sabaneta” y aseguró, en repetidas ocasiones, que “Sabaneta no tiene la culpa”. Allí vivió menos de dos años. Creció en Guanare, donde fue monaguillo y aprendió a leer con su padre, el herrero y poeta que lo despertaba muy temprano para hacerle recorrer páginas de la literatura universal. A los catorce años era corresponsal de *El Nacional*. Se dice que sus iniciales permanecen talladas en el portón del antiguo convento franciscano que en sus tiempos fue sede del Liceo “José Vicente de Unda”, donde cursó sus estudios secundarios.

En 1947 viaja a Caracas, y en 1950 egresa del Instituto Pedagógico Nacional. Entre sus maestros estarán Pedro Grases, Ángel Rosenblat, Edoardo Crema, Juan David García Bacca. Parte hacia Coro, donde conocerá a su compañera de vida y ejercerá la docencia. Dos veces sufre la experiencia de la

¹ Incluyo un agradecimiento a la Biblioteca Nacional “Mariano Moreno” de la República Argentina (mi otra patria), institución que me concedió una acreditación como investigadora en 2014 y en cuyas instalaciones tuve la oportunidad de realizar consultas para este y otros trabajos desde entonces.

prisión por motivos políticos: primero en Falcón y posteriormente en Caracas. En 1958, ya libre, hará del Liceo Andrés Bello su casa por casi diez años. En 1961 recibe su título de abogado en la Universidad Central de Venezuela, donde dará clases en distintas escuelas hasta concentrarse, en 1967, en la actual Escuela de Comunicación Social, de la que fue director.

El *profe* (así será conocido, llamado y querido) recibió el Premio Nacional de Periodismo en sus menciones Docencia y Opinión, y el Premio Municipal de Prosa. Estuvo al frente de Monte Ávila Editores y fue Vicepresidente de esta Academia. Su columna *Con la lengua* (entre otras) llevó su cariño por el español y su preocupación por el habla pública, por la escritura y por un mejor periodismo a una cátedra que convirtió en alumnos a lectores de todo el país. Recogida parcialmente en varios volúmenes, desde sus más de quince años en *El Nacional* y su reaparición en *Tal Cual* creció hasta ser un espacio transmedial: el conocimiento, el rostro y la voz del *profe* se multiplicaron entre los venezolanos gracias a la prensa, la radio, la televisión y la web.²

Sus títulos *Presente y futuro de la educación en Venezuela*, *Doctrina y proceso de la educación en Venezuela*, *La comunicación impresa. Teoría y práctica del lenguaje periodístico*, *Muestrario de voces y frases expresivas del habla venezolana* reafirman su rigurosidad y su pasión por la educación y la lengua. Abordó obras fundamentales de las letras venezolanas e hispanoamericanas en prólogos y estudios, y en libros como *Historia y ficción en la novela venezolana*, *Relecturas. Ensayos de Crítica Literaria Venezolana*, *El barroco literario en Hispanoamérica* y *Poesía hispanoamericana del Siglo XX. Del Modernismo a la Vanguardia*.

Su interés por el Barroco, lo real maravilloso y territorios afines cristalizó en la atención que dedicó a la obra de Alejo Carpentier. Desde su libro *La obra narrativa de Alejo Carpentier*, publicado en 1970, hasta *Alejo Carpentier: teoría y práctica del Barroco y lo real maravilloso* (2008), rindió en sucesivas publicaciones tributo exhaustivo a una obra, a una amistad y a una comunión de visiones sobre América Latina y la literatura con claridad teórica, crítica y didáctica.

Quise saber más del *profe* familiar y hogareño, ese que los suyos tienen siempre presente: el que sembraba plantas y revelaba sus fotografías; el que decía que su gato Juan Gris, que se arrellanaba en su escritorio mientras él

²La página *conlalengua.com* estuvo disponible hasta hace poco tiempo. Las dificultades económicas que todos conocemos en Venezuela inciden, también, en el mantenimiento de este tipo de espacios, por demás necesarios. Contamos con que en un futuro será posible el retorno de este legado de don Alexis Márquez Rodríguez a los teclados y pantallas de Venezuela y el mundo.

trabajaba, era un “gato intelectual”; el que en las madrugadas leía las noticias del mundo en Internet; el que disfrutaba de la música clásica, de *Las Chicas del Can*, de las series policiales y de las telenovelas brasileñas; el que escribía poemas y leía varios libros al mismo tiempo, y consentía a los nietos con los ‘juguetes bélicos’ que nunca vio con buenos ojos para sus hijos. Ese lector de la Biblia que en una oportunidad escandalizó a algunos oyentes al declarar en un programa de radio que no creía en Dios, y a quien luego se le quebraría la voz al conocer el texto con el que su hijo Gustavo demostró a la audiencia que su vida estaba marcada por lo religioso y que el otrora monaguillo de Guanare simplemente “se distanció de la Iglesia como imperfecta institución hecha por hombres” (Márquez Villa, 2008: 2).

Viajé a Buenos Aires el ocho de mayo de 2015. El diez conocí la noticia de su fallecimiento. Sentí el vacío de ese sillón Z y una enorme nostalgia. Él, siempre generoso con todos los que estamos en esta tierra, nos dejó su vozarrón en testimonios y grabaciones, y en su legado crítico, periodístico y literario. Mari Montes, quien solía llamarlo por su primer nombre —don Gregorio—, resumió ese día, en un sentido tuit, lo que he intentado esbozar: “Dejó lecciones infinitas” (2015). Al recordar nuestros poquísimos —pero siempre cálidos— encuentros, me pregunto cómo la vida dio esta vuelta que me trajo hasta aquí. Tal vez el *profe* esté detrás de todo esto.

Señaló con firmeza la contradicción de los gobernantes (en particular de los que se dicen revolucionarios) que desdeñan la autonomía universitaria, esencial para hacer de la Universidad la insumisa e imprescindible interlocutora de cualquier gobierno en la construcción de futuro desde la pluralidad del conocimiento (v. Márquez Rodríguez, 2005). No pocas veces se pronunció sobre el discurso gubernamental, calificándolo de procaz e incompatible con la investidura de quienes conducen una nación (Márquez Rodríguez, 2010; Márquez Rodríguez en Fermín, 2013). Le dolería ver cómo se sigue ahogando la libertad ciudadana y acorralando instituciones que, como las que hacen vida en este Palacio y las Universidades, continúan luchando en condiciones cada vez más precarias por seguir generando voces críticas, conocimiento y conciencia.

Porque don Alexis creyó en la docencia, en la lengua, en la literatura, en la tecnología. En esas direcciones, múltiples y entrelazadas, emprendo las reflexiones que siguen a partir de una noción de lo virtual que me permitirá visitar algunos rasgos de la lengua, la poesía y la narrativa como constructoras y pobladoras de mundos, para mirar la docencia, la lengua y la literatura en conjunto con lo que las tecnologías de comunicación e información de la contemporaneidad han traído a nuestra historia en términos de la adopción de metáforas, las representaciones de la identidad y la concepción de espacios, y

pasearme por Internet, la web y nuestra propia construcción como ciudadanos/personajes en la lengua, la lectura y la interactividad.

Los invito a comenzar este paseo con el brevísimo poema “Definición”, de don Luis Barrios Cruz, que leí hace unas cuantas décadas: “La chicharra / es una hoja seca / que canta” (1970: 57). Años después, recordé este texto al leer a Reverdy, quien decía que la fuerza de una imagen poética reside en la presentación de una asociación “lejana y justa” (1970: 25): el poema llama la atención hacia una entidad, la resensorializa en términos de otra y se abre a esa dimensión de lo metafórico en la experiencia del lector: ese espacio en el que descubrimos la chicharra como *hoja*. Algo similar a lo que ocurre cuando Aquiles Nazona asegura que “[l]a rana es el corazón del agua” (1979: 141).

N. Katherine Hayles describe la virtualidad como la percepción cultural de que lo que nos rodea está interpenetrado por patrones de información. Según Pierre Lévy, lo virtual es aquello a través de lo cual compartimos una realidad, y, en consecuencia, lengua y escritura son instrumentos fundamentales de virtualización (1998: 184).

En la cotidianidad, nos contamos el mundo desde nuestra inmersión en él. Con palabras como *yo/aquí/ahora*, nos situamos y organizamos nuestro entorno con y ante nuestros semejantes. Pero en la lengua y el pensamiento podemos movernos hacia otros espacios y tiempos: pensar en el mañana, recordar el pasado, explorar nuestra interioridad, pasearnos por fantasías o hipótesis, imaginar que somos otros. La déxis, el gesto de localizar elementos del contexto situacional o discursivo y ponerlos en relación con espacio, tiempo e interlocutores desde ese “centro” transitorio de quien habla, se hace versátil: podemos concebir otras realidades, transportarnos a ámbitos imaginarios, simular el traslado de la experiencia corporal y perceptual a otros cronotopos, a tiempos o espacios ajenos a nuestra localización material. Y uno de los lugares de honor de esta posibilidad es la literatura,³ precisamente porque, como escribe Rafael Cadenas, es “la depositaria de la lengua” y “atesora todo el esplendor de que ella es capaz” (1986: 87).

La movilización imaginaria de distintos dominios de la experiencia en la metáfora es parte de este poder virtualizador, de esa magia en la que lo extensional y lo intensional se entrecruzan. Pensemos en expresiones que nos resultan prácticamente literales: decir que *nos sentimos por el suelo*, que *nos saltamos páginas* o que *un examen nos comió* encierra (o abre) una reconfiguración del espacio y de las relaciones entre las entidades que lo pueblan. Las metáforas lexicalizadas o muertas son parte *viva* del habla. Lakoff

³ M. Bajtín denomina *cronotopo* “a la conexión esencial de relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura” (1989: 237), y observa que el lenguaje es “esencialmente cronotópico” (401).

y Johnson veían en la metáfora cotidiana “un vehículo primario para la comprensión” (1980: 218). Fray Cesáreo de Armellada recoge maravillosos ejemplos del flujo deíctico-metafórico en la lengua pemón, en la que *recordar* es “traer a los ojos” (1975: 39). Tal vez quienes hablamos español no vemos que en nuestro *recordar* está presente el corazón, que los corazones se unen cuando *concordamos*, y que cuando *consideramos*, en el fondo, estamos *mirando* (¿leyendo?) *las estrellas...* La lengua, más sabia que nosotros, enlaza cuerpo y conciencia (v. Valenzuela Manzanares, 2011).

El desplazamiento metafórico es también traslado narrativo. Desde la narratología, Ryan define la metáfora como “una forma extrema de ficción que nos lleva a los más remotos territorios del universo global de las posibilidades conceptuales” (1991: 82-3). Tan ligado está el relato a lo metafórico, que expresamos su naturaleza *temporal* en términos de espacio y *movimiento* (v. Boroditsky, 2000): la idea de la narración como viaje está en la piel de nuestras fabulaciones. En ficciones realistas, autorreferenciales, experimentales, de aventuras, en monólogos interiores o delirios, hay un espacio virtual de desplazamientos: geográficos, íntimos, anímicos, lingüísticos, intelectuales... El movimiento en el tiempo (la vida como viaje) arropa nuestra experiencia del mundo. Por ello puede hablarse de una “narrativa natural” (van Dijk, 1975: 274), de lo narrativo como estructurador de nuestra realidad (Fulton, 2005: 1), como marco general de nuestras vidas (Bruner, 1997: 168), incluso preexistente a la nomenclatura con que lo designamos (Abbott, 2008: xv); según don Luis Barrera Linares, lo narrativo es “presencia inevitable en el desarrollo de las civilizaciones” (2003: 7) y quizás “el fenómeno comunicativo de mayor relevancia para la especie” (10).

En los espacios de la lengua volcamos cotidianidad y alteridad. Cuando la señalización se proyecta en la palabra se activa plenamente la virtualidad, tanto al aludir a entornos compartidos en tiempo o espacio como al crear entornos *para* compartir o realidades alternas. En inicios como “Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...”, la narrativa artificial pone en escena centros deícticos simulados y no siempre identificables. Y la poesía (esa forma de contar instantes) hace otro tanto, trasladándonos a otro aquí, otro ahora. Como cuando Elizabeth Schön ubica la paciencia “[a]quí, allá, acá, lejos” (1986: 19), cuando Juan Liscano abre un poema diciendo: “Como si pasaras a otro sitio ahí mismo donde estás” (1986: 65), o cuando Ramos Sucre subvierte la habitual lógica de espacialidad y dirección y cuenta: “**Me** habían **traído hasta allí** con los ojos vendados” (1978: 182). Lo importante, según William Carlos Williams, no sería lo que el poeta *dice*, sino lo que *hace* (2001: 54).

Solemos oponer realidad y ficción. Pero identificar lo que hacemos con las palabras nos pone ante el hecho de que los recuerdos pueden tener trazas de

invención, y lo imaginario, a su vez, se nutre de lo ya conocido. La historia de la lengua es la historia del hallazgo de nuestras maneras de mostrar y contar, y en lo literario vivimos la aventura de una lengua que cuenta y muestra mundos que (re)construiremos en la lectura. De aquí que lengua y literatura estén la una en la otra y que los intentos por conocerlas y abordarlas deban mantener un tronco común. Los avances en la narratología, en la poética, en los estudios culturales y, sobre todo, en el análisis del discurso, han ido poniendo en evidencia que, más allá de especialidades y preferencias, el abordaje de textos, contextos y procesos de habla, escritura y recepción requiere de estudiosos que no vean una literatura sin lengua ni una lengua sin literatura.

Nos construimos en nuestro ejercicio de la lengua y en el de nuestros semejantes. Contamos, pero también somos contados. Eso sugiere que tenemos algo en común con los personajes literarios, que están hechos de palabras y son metáforas de nuestra humanidad. Ante esto, cabría preguntarse por algunas relaciones de legibilidad entre personas y personajes en la literatura, la cotidianidad y el mundo *virtualizado* de hoy.

El texto literario nos acerca a otros tiempos o espacios y a las percepciones que de estos tienen sus habitantes, en una *evocación deíctica de la alteridad* (Fludernik, 1993: 445; v. Galbraith, 1995). Nos re-centra en otros mundos y nos pone ante entidades que leemos como *humanas*. Este espejismo ha hecho difícil para la tradición teórica, a pesar de muchos intentos, atrapar, definir y clasificar al personaje.⁴ Ante los *seres* de cualquier ficción, el receptor se identifica, ama, rechaza, juzga. El televidente que se enfurece con los protagonistas de una telenovela o grita pistas a un detective ficticio, el espectador que quiere “abrirle los ojos” al personaje (¿o al actor?) que está en el escenario, el lector que cierra un libro y piensa “qué pasaría después” y el participante en un juego de rol muestran cómo caemos en la trampa narrativa.

Atributos, acciones, representaciones de habla y pensamiento confluyen en la abstracción del personaje y generan su “corporeidad”. También en la cotidianidad conectamos rasgos, palabras, historias y gestos al armar

⁴ Como asegura Bal, “[e]l hecho de que nadie haya tenido todavía éxito en la elaboración de una teoría completa y coherente del personaje se debe, con toda probabilidad, precisamente a este aspecto humano. El personaje no es un ser humano, sino que lo parece” (1985:88). Para un panorama de las reflexiones sobre estos problemas, v., entre otros, Scholes y Kellogg (1966), Zérafra (1971), Forster (1974), Jitrik (1975), Hamon (1977), Frye (1977), Greimas (1978), Cohan (1983), Bal (1985), Culler (1978), Candido (1987), Ducrot y Todorov (1987), Phelan (1989), Bustillo (1995), Margolin (1996), Thomasson (1999, 2003), Palmer (2004), Baiz Quevedo (2004), Martinich y Stroll (2007), Weststeijn (2007), Vermeule (2009), Eder, Jannidis y Schneider (2010), Emmott, Sanford y Alexander (2010), Everett (2013), Frow (2014).

nuestra percepción de los demás, y *somos leídos* por ellos en lo que mostramos y ocultamos intencional o inconscientemente en un juego dialógico. El encuentro con los personajes representa, según Antonio Candido, “la aventura sin fin que es, en la vida, el conocimiento del otro” (1987: 58).

Pensemos en algunas ficcionalizaciones de la infancia en nuestras letras: en la Blanca Nieves de Teresa de la Parra, transformada en la rutina del peinado y construida en la curiosidad y los placeres de fábulas, romances y novelas (1958); en la *niña decente* de Antonia Palacios, cuyos juegos, carreras y saltos de la niñez quedan, en las últimas páginas, confinados en el pasado, tras la reja de las convenciones de su tiempo: “Ya no son flacas sus piernas”; “Ya no podrá correr por la plaza” (1980: 142); en los narradores/protagonistas de las memorias de *También los hombres son ciudades*, de Oswaldo Trejo, y *Tonta de capirote*, de Ida Gramcko, que dibujan, entre otros aspectos, su asombro y curiosidad ante la lengua. Expresiones como “Jardín de Infancia” o “Casa-Cuna”, despiertan en el primero la visión de jardines con plantas llenas de juguetes y cabezas de niños, casas pequeñas como cunas o cunas del tamaño de casas (1981: 114-5). A la segunda no le convenía Dulcinea: un nombre “demasiado dulzón, una mezcla de cualquier postre con jalea” (1972: 15). Nunca pudo subir a una bicicleta: encontraba inaceptable el imperativo “encáramate” (35). Los personajes sugieren lecturas y metalecturas: los leemos, leemos las percepciones de los otros personajes, podemos asociarlas a lo que nos resulta extraño o familiar en nosotros o en otros. Sus rasgos e interacciones se cuelan en nuestra subjetividad sin las tensiones o cuestionamientos directos que representan las relaciones interpersonales del *mundo real*. Pactos de lectura, emociones y operaciones cognitivas rescatan nuestra experiencia del mundo para dar sentido a estos entes de papel que alimentan nuestros horizontes.

Utilizamos lo que sabemos de las personas reales en nuestra interpretación (y construcción) de los personajes de ficción, y también a la inversa. En edades tempranas, muchas de nuestras referencias para *hacernos una imagen* de otras personas se fundaban en fábulas, cuentos populares y otras ficciones —literarias o no—: el lobo traicionero, la bruja, el superhéroe, el pícaro. Comparamos a algunos conocidos con el Quijote, el Sr. Scrooge o Doña Bárbara (v. Carroll, 2017). La ficción, como dijo alguna vez Cabrujas, “es la configuradora de nuestra vida real” (2002: 196); es parte de lo que vemos y vivimos, y se funde (o confunde) con otras referencias.

En la vida diaria no es extraño decir, sobre alguien peculiar, “Fulano es un personaje”. Así llamamos, también, a artistas, periodistas, docentes, deportistas o políticos conocidos públicamente en mayor o menor grado según su rol social y el peso que concedan a su visibilidad y autoconstrucción, todo lo cual implica responsabilidades ciudadanas, éticas y lingüísticas. Y con las redes sociales como espacios de visibilización, surge, además, la *personajeidad* posible

del ciudadano común, que expone ante el mundo su palabra, su imagen, su intimidad, sus gustos y disgustos. Esta espectacularización personal (v. Sibilia, 2008) merece una lectura autoconsciente: quien se desenvuelve en estos medios puede ser autor, narrador y personaje de su propio relato.

En el *mundo-en-red*(adísimo) el almacenamiento y la desestimación de las distancias generan descentramientos y cambios en la percepción. Los sistemas de posicionamiento global nos ubican físicamente, pero nuestras ubicaciones virtuales son *antiespaciales* (Mitchell, 1995: 8). Son, si se me permite, *ubicuaciones*. En las pantallas, *aquí* puede ser un lugar, pero también un hipervínculo o una página, y estar en un *aquí* que no compartimos en el espacio físico.

Podríamos preguntarnos qué tipo de personajes somos en este nuevo relato de la humanidad. Prensky (2001) propuso las categorías de nativos e inmigrantes digitales a partir del criterio generacional (cf. Winocur, 2009), en la convicción de que el “nativo” manipula naturalmente los instrumentos que la tecnología pone a su disposición. Podría decirse que esto remite a una condición cultural de consumo, exposición, desenfado y frecuencia que podría fomentar destrezas *digitales* —*de los dedos*— y no necesariamente un conocimiento; que tales *nativos* son también inmigrantes en un contexto previo (Spiegel, 2016: 101) y que la familiaridad con el uso de ciertos dispositivos no está determinada forzosamente por la edad. Pero a pesar de estas reservas, en esta oportunidad adopto parcialmente la nomenclatura de Prensky, ya que estas indagaciones se desprenden del contacto con mis estudiantes y de la aspiración a construir con ellos, desde el valor de la palabra y la lectura, una relación reflexiva con nuevos tiempos, metáforas, espacios y personajes. Y en este sentido puedo llamarlos —creo— nativos digitales, pues un recorrido por los pasillos de las universidades caraqueñas —ahora un poco tristes y despobladas— muestra que, a pesar de las limitaciones de un país como el nuestro, los estudiantes se mantienen conectados con el mundo y los afectos gracias a los dispositivos que todavía les permiten *navegar*.

En la lengua con la que hablamos de la red toma cuerpo la metáfora espacial. Se habla de la *red profunda*. *Entramos en un sitio web; nos salimos de un foro; recomendamos a un amigo: “Métete en el portal de tal cosa.com”, o, en una ventana de chat, copiamos un enlace y escribimos: “Métete aquí”*. Ese espacio es, además, el dibujo del mundo conocido en un vocabulario semitécnico que adoptamos entre la iconografía, el calco semántico y metáforas que pueden pasarse sobre distintas lenguas. *Visitamos y exploramos páginas, pestañas, buzones*. Movilizamos “objetos” virtuales: *descargamos, subimos, bajamos, colgamos, abrimos, cerramos*. Nos preocupan amenazas ocultas bautizadas desde otras experiencias de la naturaleza o de la ficción: el *virus*, el *gusano*, el *troyano*. Burlamos la censura gracias a un *túnel*. Este diccionario

tiene poderes para incluir y excluir: para los internautas es común (v. Jamet, 2010: 11), pero quienes no se desenvuelven en estos ámbitos no solamente preguntan que es un meme o qué es ese “cuadrado blanco y negro” (que en español no debería ser el código QR, sino RR). Algunas preguntas apelan a viejas palabras que señalan realidades de estos tiempos: “¿Cómo es eso de *navegar?*”; “¿Qué quiere decir que Fulano *se metió* en Facebook?”; “Si me mudo, ¿debo cambiar mi *dirección* de correo electrónico?”; “¿Qué es eso que llaman *la nube*”; “¿Y no se le puede pegar a uno ese *virus?*”.

Hablamos de la red desde la lengua y usamos la lengua en la red. El correo electrónico devolvió la escritura a la vida cotidiana. El chat y los mensajes de texto motorizaron un intercambio ágil y digno de observación, en esa *oralidad escrita* que inaugura su propia clasificación: sus abreviaturas, sustituciones, emoticonos, *emojis* y omisiones son soluciones propias de la economía del medio (y de la lengua) que aún tienen a muchos de cabeza, y enfrentan los retos de suplir lo que voz y contexto ofrecen en la simultaneidad, derrumbar prejuicios y encontrar, si es el caso, sus registros diferenciados.

En redes sociales, chats y comunidades virtuales visibilizamos nuestros relatos de vida en distintos procesos de autorrepresentación. No incluyo aquí las incursiones en la ficción intencional, la construcción de los personajes lúdicos o la impostura, sino el desarrollo del propio *perfil* en una confluencia de formatos y lenguajes, de recursos semióticos con los que nos construimos en el escritorio o en la portabilidad de los dispositivos. Seleccionamos, compartimos, comentamos y combinamos textos, imágenes, videos, hipervínculos, y otros usuarios contribuyen a construirnos. Redes, comunidades y blogs, entre otros, constituyen espacios polifónicos en expansión para narrarnos.

Escribimos y leemos relatos discontinuos. Se propicia la escritura de lo inmediato (estados de ánimo, percepciones momentáneas, chistes), y se popularizan tanto las redes de mensajería efímera como el dinamismo de las “biografías” sociales o los aportes en los blogs. Un mismo individuo se proyecta en múltiples medios a través de aplicaciones y “sitios” diferentes. Documenta quién es, cómo quiere ser visto, cómo ve a otros. Las reflexiones de Goffman (1981; v. Serrano Puche, 2012) sobre la presentación de la persona, aunque apelan a la presencialidad, pueden extenderse a cualquier ámbito de los nuevos medios en el que se genere *información social* (Meyrowitz, 1990:88). Ya sea en el diálogo productivo, en el deseo de encajar en un grupo, en la consigna de ver y dejarse ver o en un vasto y proteico autorretrato (*selfie*) multidiscursivo, en las redes se mantiene (todavía) la lengua.

Recordemos cómo don Quijote, emulando el habla de los caballeros, se dirigió a aquellas mujeres que solo atinaron a burlarse de su lengua y de su triste figura (2004: 36-9). La necesidad de ajustarnos a distintos interlocutores y

situaciones crece en la proliferación de nuevos modos de relación. Ya la asincronía propia de las redes dificulta la adaptación de la expresión multimedia a principios de cooperación adecuados. Conectados o no, no podemos ser leídos por todos, ni leerlos o responder constantemente. Las informaciones previas a veces se diluyen en la avalancha de publicaciones y mensajes. Los contextos se pierden y se mezclan (cf. Marwick y Boyd, 2010 y 2014): audiencias múltiples confluyen en un mismo ámbito; usuarios con distintos niveles de confianza con un emisor leen palabrotas, comentarios formales y expresiones coloquiales en su perfil. Estamos en un universo acelerado de interacción y comunicación que presenta retos de selección de información, definición espaciotemporal y adecuación de registros; que exige, en consecuencia, un uso dinámico y solvente de la lengua.

El bombardeo de tuits, videos y grabaciones se suma a lo que ya existía en la cotidianidad de la prensa, la radio y la televisión, ámbitos en los que periodistas, políticos y otros personajes con roles *socialmente positivos* suelen ser percibidos como modelos de expresión. Pero los personajes públicos no son precisamente modelos cuando dicen “especie” por “especia”, “interperie” por “intemperie”, “infringir” por “infligir” o “plesbiscito” por “plebiscito”. Inquieta que en cualquier momento se ceda el paso en los diccionarios a *adolecer* por *carecer*, gracias a notas de prensa en las que puede leerse “[A]lgunos sectores adolecen de agua en la capital” (imagino que muchos piensan, en estos momentos, que precisamente adolecen de su ausencia). Quien expone su habla y su escritura tiene una responsabilidad, y quienes estamos en los asuntos de la lengua somos corresponsables. Los cambios son bienvenidos, pero su necesidad y pertinencia se asientan en el marco de la mayor conciencia que pueda fomentarse en hablantes y escribientes; más aún en quienes tienen impacto público, que construyen su imagen y contribuyen a la construcción de quienes, como suele decirse en las redes sociales, *los siguen*.

La prensa y las redes construyen múltiples relatos y personajes. La llamada *posverdad* es también una construcción narrativa artificial, que además pretende disfrazarse de *no ficcional*. Es posible sobredimensionar, mitificar, *construir enemigos* (cf. Eco, 2012; Maalouf, 1999; Zickmund, 2000), urdir redes de interpretaciones para satanizar a individuos, grupos o naciones, o para desmentir lo que experimentamos como real. Es posible simular y producir identidades con fines comerciales o políticos. En nuestro aquí y ahora sobran ejemplos. Año y medio después de la escritura inicial de estas páginas, el escándalo de Facebook da la vuelta al mundo.

En el uso interpersonal de las redes, intenciones, distorsiones, olvidos y prisas pueden causar perjuicios. A las tensiones que todos conocemos se suma el correveidile colectivo que somos: nuestro tradicional “Me lo dijeron” se inserta en la rapidez de los datos y se convierte en “Lo dijeron en Twitter”,

muchas veces sin verificación ni cuidado. Hay quienes se abrazan a Internet sin notar que las consecuencias del “me dijeron” no son las mismas en la cuadra que en la “aldea global”. Es mucho lo que puede hacerse, para bien y para mal, con espacios que llevan la palabra, la opinión y el juicio al mundo entero en cuestión de segundos, en los que todos podemos participar. De ahí la importancia de comprender, en la heterotopía de la red, qué decimos, a quiénes, cómo, cuándo y desde qué lugares de enunciación escribimos, mostramos, retransmitimos, leemos o aceptamos. Más allá de trolés o personajes de influencia (*influencers*), el personaje *ciudadano* tiene un papel esencial (v. Quetglas, 2011). La incorporación de más facetas de nuestras vidas a lo público y a lo reproducible exige que no perdamos de vista los riesgos, transformaciones y posibilidades que esto representa desde y para la lengua como espacio esencial de intersubjetividad (y por ende para el pensamiento, el conocimiento, la creación y la convivencia).

También somos codificados e *indiciados* en aras de una “personalización” de nuestra experiencia en la red. El panóptico virtual *sabe* qué buscamos, qué compramos, qué nos interesa, dónde estamos. Recibimos mensajes: “Usted compró este libro; seguramente, le interesa este otro”; “X subió un artículo a su red académica”; “Ingrese aquí para ver ofertas de trabajo en su área”. La incorporación de información en los perfiles sociales puede ser vista como un proceso de construcción de identidad, pero cabría preguntarse por la narratividad propiamente dicha de estas *biografías digitales* (v. Pérez-Chirinos Churruca, 2012; Yus, 2014) y por el uso de nuestros datos más allá de nuestra interacción personal. Estos modos de hacernos públicos con “recortes”, *emojis*, archivos y huellas en las redes solo significan y narran si hay un proceso que los desprege de su condición factual de listas, enumeraciones almacenadas o datos que se filtran o venden; solo si hay memoria y *lectura*.

Las experiencias en la educación a distancia y en la realización de tareas en colaboración con pares en la red dan fe de las necesidades comunicativas y lingüísticas de los nuevos entornos; las exigencias deícticas en trabajos realizados mediante “escritorios compartidos” o en videoconferencia revelan que el rol de la lengua en la construcción del espacio común en ausencia es fundamental. Flexibilidad, versatilidad, destrezas de lectura, metacognición y precisión parecen hacerse indispensables para estar, diríamos, “contigo en la distancia” y generar un espacio virtualizador de intercomprensión y mutua legibilidad, un verdadero contexto de *cooperación*.

Toda tecnología (la rueda, el libro, la telefonía, la televisión) ha impulsado cambios y nos ha construido y transformado, con sus posibilidades liberadoras y esclavizantes. La web genera lectores y escritores, y su proliferación de estímulos promueve dispersión y rapidez. En este paisaje, pocos nativos digitales perciben el peso protagónico de la lengua, quizás porque

ha estado en sus vidas desde siempre. Es posible que tengan escasos hábitos de lectura, que no se ajusten con fluidez a distintas situaciones comunicativas y crean que la literatura les es ajena, pero estos tiempos de redes parecen propicios para refrescar su relación con la palabra. Ellos mismos la han revivido sin saberlo en el abanico comunicacional que los envuelve.

La lengua, además de estar en cabezas, pantallas y teclados, está, por supuesto, entre los infinitos asuntos del inventario temático de la red. En distintos tonos y calidades, instituciones, comunidades y aficionados entrelazan espacios diversos de lengua y literatura. La ciberliteratura y la tecnopoésía reúnen creación y programación. Jóvenes con deseos de escribir publican en Wattpad o en Storybox, y allí son leídos y comentados. Nuevos (y no tan nuevos) escritores exponen sus obras en proceso y reciben sugerencias de sus lectores. Autor, lector y personaje se reconfiguran, se borran, se *colectivizan*, se reaniman, se (con)funden.

En este mundo entretejido, tal vez podamos hacer que los nativos digitales se enamoren de su lengua. Que sepan que el español es la segunda lengua materna en el mundo y la tercera en Internet (la segunda en Facebook y Twitter), y que su uso virtual entre 2000 y 2015 registró un aumento de 1312% (Instituto Cervantes, 2016). Podemos pedirles que recuerden cómo decían algunas palabras en su infancia y se pregunten por las intuiciones que conducen a un niño a decir “tucroondas” o “no sabo”; que den una mirada a lo que la etimología puede decir sobre la economía de la lengua y sobre la ortografía: comprenderán por qué hay *cálculos* en el organismo y en la matemática, qué tienen que ver los pterodáctilos con los helicópteros y el gobierno con la cibernética. Mis estudiantes, que nunca dejan de sorprenderme, me han demostrado que pueden observar las metáforas cotidianas; que después de algunos tropezones, comprenden que la escritura es un proceso; que notan que no le hablan a todo el mundo de la misma manera y que pueden ser críticos ante las palabras que nos traemos de otras lenguas; que poco a poco ven que pensamiento y palabra son inseparables, y que las llamadas “malas palabras” pueden ser buenísimas en su momento y en su lugar. El profesor (o la profesora) de lengua (y literatura), si se reconoce como puente entre dos mundos, si está consciente del pacto comunicacional que rige la relación de aula en las circunstancias actuales y reconoce los códigos de los “nativos”, puede hacerles ver que el aprendizaje de la lengua es interminable porque quien se para frente a ellos en un aula es, también, un eterno aprendiz, y que así como se entra en las páginas de la web se entra en las páginas de los libros. Como observa Maturana —en sintonía con Gabriela Mistral (v. Pincheira, 1989: 43)—, el futuro no está simplemente en manos de los más jóvenes, sino en quienes convivimos con ellos (en Jara, 2017; cf. Prensky, 2011).

La confluencia de texto, fotografía, audio, video, interlocutores y velocidad exige usuarios que identifiquen confiabilidad y pertinencia en sí y en los otros. Pensemos en lo que ocurre cuando un envío cualquiera causa alarma colectiva hasta que alguien señala que es una noticia antigua, un bulo o una fotografía descontextualizada. Cada vez somos más los que tenemos algo de habla pública y la posibilidad de incidir los unos en los otros. En un mundo agobiado por la información y la deformación es fundamental *saber leer*, ajustarse a cada situación con la conciencia del aquí y ahora que corresponda en responsabilidad crítica y cívica. Comunicarse no es “pasar datos”. La posible sustitución de nuestra memoria y nuestro ejercicio intelectual ha constituido una preocupación de siglos, y la velocidad y la densidad de estas redes exigen, en su acumulación caótica, lectores que les den coherencia (v. Carr, 2010).

En la reticularidad de pensamiento, lectura, escritura y conversación, vamos de una imagen a una palabra, a la evocación de una melodía, a un personaje, a un rostro, a un recuerdo. Es posible —y necesario— conciliar las bondades de la palabra, la concentración y la contemplación con las de la imagen, la diversificación, el salto y la velocidad en la formación de competencias digitales, ante todo lo que nos reta como receptores y productores de sentido en un espacio en el que necesitamos desplazarnos, jerarquizar e identificar información, reconstruir: los hipervínculos en pantalla (además de datos) son externalizaciones, (re)presentaciones de procesos asociativos que solo se concretan en la profundidad de la lectura. Ese frecuente relato estudiantil de “La lengua no es *lo mío*” necesita ser reescrito: la lengua es lo de todos. Con ella categorizamos el mundo y experimentamos lo que significa descubrirlo, *atraparlo*, compartirlo, analizarlo, cuestionarlo y cuestionarnos. Es nuestro territorio virtual, y desde ella cada conversación, cada texto escrito o leído constituye vínculos e hipervínculos con lo que evoca, con lo que crea y con su propia red interior, con esas palabras que se señalan unas a otras, que se instalan en el espacio de la página (o de la pantalla) para revelar en él nuestros relatos del mundo: imaginarios, racionales, poéticos, lógicos, polémicos... Cada uno con sus intenciones, sus condiciones, sus rasgos y su magia. Es preciso rescatar una mirada curiosa, afectiva y sin descalificaciones que reconecte al estudiante con las dimensiones cognitiva, sociocultural y espiritual de la lengua, más allá del requisito académico.

María Tomasa Martínez, “Tomasita”, que nos leía con picardía en las aulas del colegio las anotaciones sobre “turismo lingüístico” de Rosenblat, solía decir, sobre los estudiantes con problemas de lectura, que “[n]o leen porque no entienden y no entienden porque no leen” (1996: 11). Cuando no se distingue entre *ahí* y *hay*, cuando se escribe el infinitivo *haber* en nuestra criollísima despedida: “A ver cuándo nos vemos” y cuando la duda ortográfica queda en la superficie, sin apelar a la significación (*a*: ¿con hache o sin hache?), algo en la

comprensión parece estar perdido; la natural diferencia entre lo oral y lo escrito termina en una disociación que no debería presentarse en individuos —teóricamente— alfabetizados. La lectura es mediadora entre el habla y la escritura, a favor del encuentro sentido y real con la gramática y la ortografía; no con la aridez de las formas. Y cuando es consciente se convierte en la revelación de que todo ejercicio de percepción, de atención y de observación es, siempre, *lectura*.

Según publicaciones del Programa para la evaluación internacional de alumnos (PISA), los estudiantes que leen por placer, que tienen contacto con diversos tipos de textos y crecen en hogares en los que el libro *existe* obtienen mejores resultados escolares generales y se manejan mejor en Internet (v. OECD, 2011 y 2015). Esta no es la situación de la mayoría. A inicios de los noventa, Beatriz Sarlo observaba que la escuela no lograba competir con la abundancia simbólica de los medios masivos (1994: 41-2). Tal vez la lectura temprana puede contribuir al encuentro oportuno con la *abundancia simbólica* de la interacción de la propia imaginación con la palabra escrita, hoy inmersa en la hibridez de los nuevos medios. Así, el lector, además de expandir su mundo, podrá, en su navegación, en sus perfiles, en sus tuits y chateos, adaptarse, comprenderse a sí mismo como explorador y *nauta* metafórico, autor y narrador de sus propios relatos, ciudadano crítico, personaje y persona.

La universidad incorpora el acercamiento natural del estudiante a textos de su disciplina. Eso facilitará su integración a la retórica de su futura profesión. Sumar a esto la lectura literaria (en cualquier soporte) será fundamental para iniciar o mantener, según el caso, un cultivo de lo imaginario entendido como la capacidad de organizar y dar significado y coherencia a nuestras representaciones mentales. El círculo vicioso de *no leer – no entender* solo puede romperse si ese estudiante que no ingresa a la universidad como lector redescubre su propia curiosidad. En el diálogo con textos breves, cómics, aforismos, chistes, videos, páginas web, aplicaciones, canciones o materiales informativos y académicos que le resulten cercanos, puede ampliar sus intereses en el contacto con un mapa diverso de textos y discursos, crear un intertexto portátil y expandirlo, para desde allí manejarse en el espacio de la página y en el de la inferencia, captar intenciones textuales, aceptar hibridaciones con flexibilidad y visualizar en distintos materiales los registros, estructuras, marcas y conexiones que serán modélicos a la hora de escribir en situaciones definidas (v. Mendoza Fillola, 2001). El acercamiento no profesional a lo literario posibilita al individuo una percepción integral de su humanidad, de su cultura, de sus metáforas y de las voces de los otros. Y aunque estas reflexiones se derivan de la experiencia en la docencia universitaria, se enlazan claramente con mi convicción de que tal acercamiento debe ser parte de la vida y el desarrollo de todos, dentro y fuera de las aulas (y, cuanto más temprano, mejor).

A veces digo a mis estudiantes, tal vez por una deformación deportiva, que leer literatura es como correr con pesas: un entrenamiento para la inteligencia, la sensibilidad y la activación de experiencia y conocimiento. No se trata de una misteriosa “dificultad” de lo literario, sino de una función particular: la simulación en palabras y los pactos de lectura proponen subjetividades, espacios y tiempos alternos que invitan a reconocer que no todo se lee desde el mismo horizonte y que cada situación implica acuerdos. Moverse entre textos distintos, entre lo que consolida el mundo conocido y lo que desafía la seguridad de las convenciones despierta la flexibilidad: en el desplazamiento temporal y espacial de la ficción, en la construcción en palabras de lo sucesivo y lo simultáneo, en los instantes poéticos que condensan lugares alternos para mirar el mundo, en los recorridos ensayísticos en los que el pensamiento es protagonista, enfrenta conflictos, progresa, desanda y llega a un destino de convicción o incertidumbre, nuestra movilidad general por el uso de la lengua es narración y tránsito. Cada texto es uno con las convenciones, restricciones y conexiones de su situación, que lo enmarcan y al mismo tiempo lo liberan en función de su propósito y de los lugares de quien lo escribe y quien lo lee.

La lengua y la literatura son inagotables, pero no inmutables. La noción de lo literario se modifica y lo seguirá haciendo. La permeabilidad entre géneros aumenta, y en la red y los medios audiovisuales la hibridación parece natural. Hay personajes de ficción que escriben en Twitter, y relatos impresos que juegan con aplicaciones móviles de realidad aumentada. Ya lo lúdico y lo hipertextual tenían presencia en *El Quijote*; la tienen en autores como Borges, Cortázar, Gironde, Yurkievich y en nuestros Trejo, Silva Estrada, Lancini, y muchos otros que ponen al lector ante la aventura virtual de la escritura. La lectura *aparenta* ser lineal, pero el verdadero proceso lector juega con enlaces, relieves, referencias, evocaciones y confluencias: con la mente como espacio de profundidad y simultaneidades. La simulación, la interactividad y la hipertextualidad han estado desde siempre en la lengua.

Pensemos en la ficción mínima, que ha encontrado un lugar en los mensajes de texto y en Twitter: un género híbrido, autorreflexivo, jugueteón y “desarmable”, breve, compatible con la velocidad, los dispositivos y los hábitos comunicativos de la contemporaneidad, con el modo *microblogging*. En muchos casos, contiene alusiones a la tradición cultural con las que sintetiza y explora espacios y tiempos y muestra que la verdadera trama hipertextual, sin la cual aquella a la que accedemos pulsando un botón no puede adquirir verdadero sentido, está en nuestras mentes y se alimenta de las redes de la lengua y la cultura. Me permito compartir el texto ganador de uno de los concursos de relatos-tuits en nuestro país en 2016:

Cuando conoció al hermoso joven, le preguntó con picardía:

—¿Grey? ¿El de las sombras?

—No. Gray, el del retrato.

Este cuento de K. Zambrano demanda la activación de un hipertexto en el que el lector llene espacios “vacíos”. Se juega con el conocimiento de los textos de Wilde y James (e incluso de sus versiones fílmicas) más allá de su simple identificación y con las perspectivas de los personajes en el diálogo, en una posible pregunta por lo canónico y en la exposición simultánea de distintos ámbitos y épocas. El texto pide *enlaces* al lector, que es quien genera y coenuncia los espacios de sentido, quien se apropia de un ámbito en el que puede movilizarse y lo recrea.

Nuestros espacios virtuales son, en parte, versiones de nuestros modos de creer que podemos manejar, controlar o detener el tiempo. Vencemos momentáneamente nuestra propia transitoriedad en la comunión con una palabra, un poema, un personaje, un mundo, en nuestra capacidad transformadora. Coseriu escribe que “en la consideración del lenguaje como actividad creadora, se articula la justificación más honda de la lingüística como ciencia de la cultura”. Por eso me atrevo a intuir que lengua y literatura tienen algo que decir sobre la *habitabilidad* de los espacios virtuales de la contemporaneidad. No es casual que hayamos heredado de la literatura (y reinterpretado) el término *ciberespacio*, ni que una de las metáforas de la multiplicidad y ubicuidad de Internet sea no solo literaria, sino latinoamericana: *el Aleph*. Y es que la lengua de la red es deudora de nuestro primer universo virtual: *la red de la lengua*.

¿Cómo está la red de la lengua en Venezuela? Después de los difíciles acontecimientos de 2017, es inevitable volver a mi consternación, compartida con mi predecesor y probablemente con muchos de los presentes, por la utilización que de la lengua se hace desde el Estado, que en lugar de acortar distancias apuesta por la ruptura en el encasillamiento, el eufemismo, la posverdad, la repetición. Se nos hicieron cotidianas, en hechos y palabras, la represión, la muerte, la violencia. Se pierde la lengua en la que nos señalamos espacios y tiempos y comprendemos los de otros. Se reforzó un imaginario pendenciero que convirtió la diplomacia en riña callejera y la diferencia política en afrenta. Incluso en las redes parece perderse la conciencia de lo que es un intercambio comunicativo. Discusiones y comentarios insultantes se lanzan al ruedo sin propósitos de interlocución, simplemente en exposición/imposición de la propia mirada, sin la responsabilidad que demanda la auténtica libertad de expresión. Tenemos un país en el que la lengua sufre. Como escribió don Joaquín Marta Sosa, “una lengua que sólo se pronuncie para embutir el pensamiento en consignas que lo intoxican, o que tenga como norte aniquilar

ilusiones e ideales, sólo produce cadáveres y nunca seres vivos” (2010: 34; cf. Leñéz Aristimuño, 2004 y 2014). Junto a la mudez de los medios y el temor a la desconexión (por censura o por empobrecimiento tecnológico), todo esto puede conducirnos a un marasmo. La construcción de la desesperanza ha ido restando sentido y confiabilidad a palabras como *elección, salud, paz o diálogo, o pueblo, ciudadanía y soberanía*, que hoy se desemantizan y pueden ser vistas por muchos desde el desconcierto.

¿Por qué es importante que nuestros “nativos digitales” sean lectores, que empalmen la inevitable lectura a saltos (o a picoteos) de la red con la internalización de otras lecturas en su propia red de conocimiento y experiencia? ¿Por qué es importante que se comprendan como metaforizadores, como parte de la corriente creadora de los hablantes del español de Venezuela? ¿Por qué es esencial que se construyan como los mejores personajes que puedan ser en cada circunstancia y puedan leer con solvencia la construcción de sus semejantes? Establecer pactos de acercamiento a lo que se percibe, descentrarse y moverse fuera del espacio y el tiempo habituales, cooperar para ver el mundo con la mirada de otro(s), tomar decisiones, abordar la duda y la incertidumbre, es decir, leer, es rebelarse, simularse en otros centros deícticos, subvertir el mundo de todos los días, reescribirlo en un acto liberador, un ejercicio de apertura que otorga el poder de ver, pensar e imaginar, con las palabras, cómo funciona lo que nos constituye y lo que nos rodea; el poder de entender que, precisamente, los regímenes totalitarios queman libros, silencian voces y borran imágenes y textos porque quienes los puedan recobrar, leer y descubrir con una mirada verdaderamente plural no serán presas fáciles de manipulaciones y engaños. La vida de un país no puede ser una metáfora bélica; el destino de nuestras palabras nunca puede ser la destrucción del otro; el verbo de la auténtica democracia nunca será constructor de sumisión. Hace falta llamarnos, los unos a los otros, al terreno común de la conciencia de la lengua. Para que las redes no sean telarañas que atrapen, sino laberintos en los que podamos y sepamos elegir.

En estos momentos en los que las migraciones nos descalabran y parecen llevarse el futuro, hay una Venezuela fuera de Venezuela, allí, en las redes, preguntando cómo estamos, leyendo nuestra prensa, fotografiando sus nostalgias gastronómicas, ofreciendo apoyo a otros que emigran, abrigándose cuerpo y corazón. Muchos de nuestros nativos e inmigrantes digitales son migrantes reales que mantienen su mundo en esta lengua que ya no está en sus calles de todos los días. Pero al alcance del WhatsApp, del Skype, del Twitter o del Facebook, el país y el exilio intentan aliviarse el uno al otro. Vemos allí que la lengua se rescata en lo que siempre ha sido: nuestra primera red social, nuestra comunidad virtual. Mantenerla viva es tejer la posibilidad de reconstruirnos, porque como dice un personaje de un relato de Verónica

Sukaczer, “[S]i te matan las palabras, te matan dos veces” (2013: 8). Contra la lengua del poder, necesitamos el poder de la lengua.

Queridos amigos y familia; respetados académicos: vengo de una infancia de palabras caraqueñas y bonaerenses, de soledad y libros, de cuatro y de guitarra. Tengo dos patrias y adopté también, en léxico y lecturas, el español peninsular de las religiosas del colegio y de muchos amigos y vecinos de Chacao y de la Hermandad Gallega. Al leer escuchaba interiormente los acentos de uno y de otro lugar. Sentí, como dijo Alfonso Reyes, “el privilegio de entender el mundo en español”. Hoy traje ante ustedes, entre reflexiones y saltos, un intento de ver, entre las rendijas de algunas de las cosas que hacemos con palabras, cómo la lengua se lanza al ruedo de lo virtual simplemente porque le corresponde como virtualidad primera; cómo la docencia es un lugar desde el que he tenido la fortuna de compartir lo mejor de dos mundos y cómo las redes de hoy pueden devolver a hablantes y escritores costumbres y conciencias perdidas, y otorgarles(nos) nuevos espacios de identidad y metaforización.

La fuerza de la imagen de la chicharra como hoja seca que canta, o la de la rana como corazón del agua, está precisamente en que esa momentánea identidad no es tal: es, como escribía Octavio Paz, un puente, una mediación, una relación “en la que la alteridad se sueña unidad” (1974: 108). No podemos olvidar que la lengua, lugar metafórico, tiende vínculos —hipervínculos— en la pluralidad, la diversidad, la diferencia. Tal vez la “educación por la metáfora” por la que abogaba el poeta Robert Frost sea un camino para construirnos como mejores persona(je)s.⁵ Porque la metáfora demuestra que las distancias se salvan al enlazar lo distinto.

Quiero rescatar ahora, con ustedes, el valor de un brindis virtual. No por ausente o inexistente. Un brindis vivo, precisamente porque tiene el sentido de aquello que no vemos pero que de hecho compartimos y nos une, incluso con aquellos que hoy están en otras tierras. Tal vez la virtualidad de las nuevas tecnologías está aquí para recordarnos que en sus logros el ser humano redescubre la posibilidad de abolir muros y distancias gracias a lo que sueña, desea o imagina, y que su ser es algo que va mucho más allá del límite físico de su ubicación y su corporeidad (cf. Wertheim, 1998).

Este momento será un tesoro para mi memoria y un estímulo para dedicar mis esfuerzos a las tareas por venir en la ilustre Academia que me abre sus puertas. Hoy soy recibida como *doña Lourdes*, ante lo cual no puedo evitar pensar que muchas de las damas presentes, entre las que no puedo dejar de incluirme, seguramente se han —nos hemos— resistido a ser llamadas *doñas*

⁵ Robert Frost aseguraba que solo está seguro quien se siente en la metáfora como en su casa; que solo la educación por la metáfora permite evaluar y ponderar las trampas del poder, no dejarse embaucar, identificar la manipulación (1931).

—o *doñitas*— en distintas situaciones de la vida cotidiana. Hoy este tratamiento me honra al sumarme a cuanto se construye desde este recinto. Y es que la lengua, más que castigo del cuerpo, es maestra indiscutible en el terreno de los cambios; no solo de los suyos, sino de los que puede generar en quienes la hablamos y generamos cambios en ella. Por eso, por este momento, y por la alegría de contar con la presencia y la paciencia de todos, esta “doña”, de corazón y desde el sillón letra Z, una vez más, les da las gracias.

REFERENCIAS

- ABBOTT, H. P. 2008. *The Cambridge Introduction to Narrative*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ARMELLADA, C. y C. BENTIVENGA DE NAPOLITANO. 1975. *Literaturas indígenas venezolanas*. Caracas: Monte Ávila.
- BAIZ QUEVEDO, F. 2004. “Del papel a la luz: personaje literario y personaje filmico”, en VVAA. *El personaje y el texto en el cine y la literatura*. Caracas: comala.com / Fundación Cinemateca Nacional.
- BAJTÍN, MIJAIL M. 1989. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- BAL, M. 1985. *Teoría de la narrativa. Una introducción a la narratología*. Madrid: Cátedra.
- BARRERA LINARES, L. 2003. *Discurso y literatura. Teoría, crítica y análisis de textos literarios a partir de los aportes del análisis del discurso*. Caracas: Los Libros de *El Nacional*.
- BARRIOS CRUZ, L. 1970. “Definición”, en VVAA. *Nuevas páginas para imaginar*. Ediciones Fundación del Niño, 55-57.
- BORODITSKY, L. 2000. “Metaphoric structuring: understanding time through spatial metaphors”. *Cognition*, 75. 1-28.
- BRUNER, J. 1997. *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Visor.
- BUSTILLO, C. 1995. *El ente de papel*. Caracas: Vadell Hermanos.
- CABRUJAS, J. I. 2002. *Y Latinoamérica inventó la telenovela*. Caracas: Alfadil/ICREA.
- CADENAS, R. 1986. *En torno al lenguaje*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- CANDIDO, A. 1987. “A Personagem do Romance”, en CANDIDO, A. y A. ROSENFELD *et. al. A Personagem de Ficção*. São Paulo: Editora Perspectiva.
- CARR, N. 2010. *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Bogotá: Taurus.

- CARROLL, N. 2017. "Fictional Characters as Social Metaphors", en FILEVA, I. (ed.). *Questions of Character*. Nueva York: Oxford University Press. 385-400.
- CERVANTES, M. de. 2004. *Don Quijote de La Mancha*. Edición del IV Centenario. San Pablo: Alfaguara/RAE/ASALE.
- COHAN, S. 1983. "Figures Beyond the Text: A Theory of Readable Character in the Novel". *Novel: A Forum of Fiction*, 17 (3). 5-27.
- COSERIU, E. 1977. *El hombre y su lenguaje*. Madrid: Gredos.
- CULLER, J. 1978. *La poética estructuralista*. Barcelona: Anagrama.
- DIJK, T. van. 1975. "Action, Action Description, and Narrative". *New Literary History*, 6 (2). 273-94.
- DUCROT, O y T. TODOROV. 1987. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. México: Siglo XXI.
- ECO, U. 2012. "Construir al enemigo", en *Construir al enemigo*. Barcelona: Lumen. 13-39.
- EDER, J., F. JANNIDIS y R. SCHNEIDER. 2010. "Characters in Fictional Worlds. An Introduction", en EDER, J., F. JANNIDIS y R. SCHNEIDER (eds.). *Characters in Fictional Worlds*. Berlin: de Gruyter, 3-64.
- EMMOTT, C., A. SANFORD y M. ALEXANDER. 2010. "Scenarios, characters' roles and plot status: readers' assumptions and writers' manipulations of assumptions in narrative texts", en EDER, J., F. JANNIDIS y R. SCHNEIDER (eds.). *Characters in Fictional Worlds*. Berlin: de Gruyter, 377-99.
- EVERETT, A. 2013. *The Nonexistent*. Oxford: Oxford University Press.
- FERMÍN, D. 2013. Entrevista - Alexis Márquez Rodríguez. *El Universal* (7 de octubre). Disponible en <http://www.eluniversal.com/arte-y-entretenimiento/131007/el-lenguaje-de-nicolas-maduro-da-risa> y en <https://saladeinfo.wordpress.com/2014/07/19/el-lenguaje-de-nicolas-maduro-da-risa/>. Última consulta: noviembre 2016.
- FLUDERNIK, M. 1993. *The Fictions of Language and the Languages of Fiction*. Londres: Routledge.
- FORSTER, E.M. 1974. *Aspects of the Novel*. Gran Bretaña: Penguin Books.
- FROST, R. 1931. "Education by Poetry". *Amherst Alumni Council News*, 4 (suplemento). 6-7. Disponible en *The American Literature Archive*: <http://www.en.utexas.edu/amlit/amlitprivate/scans/edbypo.html>. Última consulta: febrero 2017.
- FROW, J. 2014. *Character & Person*. Nueva York: Oxford University Press.
- FRYE, N. 1977. *Anatomía de la crítica*. Caracas: Monte Ávila.
- FULTON, H. 2005. "Introduction: the power of narrative", en FUTON, H., R. HUISMAN, K. MURPHET y A. DUNN. *Narrative and Media*. Cambridge: Cambridge University Press, 1-7.

- GALBRAITH, M. 1995. "Deictic Shift Theory and the Poetics of Involvement in Narrative", en DUCHAN, J., G. A. BRUDER y L. E. HEWITT. *Deixis in Narrative: A Cognitive Science Perspective*. Nueva York: Routledge, 19-59.
- GOFFMAN, E. 1981. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GRAMCKO, I. 1972. *Tonta de capirote*. Caracas: Monte Ávila.
- GREIMAS, A. J. 1978. "Los Actantes, los Actores y las Figuras", en VVAA. *Semiótica narrativa y textual*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la U.C.V.
- HAMON, P. 1977. "Pour un statut sémiologique du personnage". En VVAA, *Poétique du récit*, 115-80. París: Seuil.
- HAYLES, N. K. . "The Condition of Virtuality", en LUNENFELD, Peter (ed.). *The Digital Dialectic. New Essays on New Media*. Cambridge: The MIT Press, 68-94.
- INSTITUTO CERVANTES. 2016. *El español: una lengua viva. Informe 2016*. Madrid:
- JAMET, D. L. 2010. "What do Internet metaphors reveal about the perception of the Internet?". *metaphorik.de*, 18. 7-32. Disponible en: http://www.metaphorik.de/sites/www.metaphorik.de/files/journal-pdf/18_2010_jamet.pdf. Última consulta: octubre 2016.
- JARA, A. 2017. "Maturana: 'El futuro de la humanidad no son los niños, son los mayores'". *Culto* (23 de marzo). Disponible en <http://culto.latercera.com/2017/03/23/maturana-la-humanidad-los-ninos-los-mayores/>. Última consulta: marzo 2017.
- JITRIK, N. 1975. *El no existente caballero*. Buenos Aires: Megápolis.
- LAKOFF, G. y M. JOHNSON. 1980. *Metaphors We Live By*. Chicago: The University of Chicago Press.
- LEÁÑEZ ARISTIMUÑO, C. 2004. "La lengua: clave de inclusión y soberanía", en *El Nacional, Papel Literario*, C-1 (16 de octubre).
- _____. 2014. "Lengua para la libertad y libertad para la lengua en Venezuela". Disponible en <http://cedice.org.ve/lengua-para-la-libertad-y-libertad-para-la-lengua-en-venezuela-carlos-leanez/>. Última consulta: septiembre 2016.
- LÉVY, P. 1998. *Becoming Virtual. Reality in the Digital Age*. Nueva York: Plenum.
- LISCANO, J. 1986. *Domicilios*. Caracas: Fundarte.
- MAALOUF, A. 1999. *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza.
- MARGOLIN, U. 1996. "Characters and their versions", en MIHAILESCU, C.A. y W. HAMARNEH (eds.). *Fiction Updated: Theories of Fictionality, Narratology, and Poetics*. Toronto: University of Toronto Press, 112-32.
- MÁRQUEZ RODRÍGUEZ, A. 1959. *Presente y futuro de la educación en Venezuela*. Caracas: Sursum.

- _____. 1964. *Doctrina y proceso de la educación en Venezuela*. Caracas: edición del autor.
- _____. 1970. *La obra narrativa de Alejo Carpentier*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.
- _____. 1976. *La comunicación impresa. Teoría y práctica del lenguaje periodístico*. Caracas: Ediciones Centauro.
- _____. 1990b. *Historia y ficción en la novela venezolana*. Caracas: Monte Ávila.
- _____. 1991a. *El barroco literario en Hispanoamérica. Ensayos de teoría y crítica*. Bogotá: Tercer Mundo.
- _____. 1991c. *Relecturas. Ensayos de Crítica Literaria Venezolana*. Caracas: Contexto Audiovisual 3 / Pomaire.
- _____. 1994. *Muestrario de voces y frases expresivas del habla venezolana*. Caracas: Fundación Polar.
- _____. 1996a. *Historia y ficción en la novela venezolana*. Caracas: La Casa de Bello.
- _____. 1996b. “Ideas y estética en la literatura venezolana”. *Discurso de incorporación de Don Alexis Márquez Rodríguez / Contestación del Académico Don Oscar Sambrano Urdaneta*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua, 5-25.
- _____. 2005. *Autonomía universitaria y revolución*. Caracas: Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.
- _____. 2008a. *Alejo Carpentier: Teoría y práctica del Barroco y lo real maravilloso*. Caracas: Taurus.
- _____. 2010. “El lenguaje del presidente”. Disponible en MOLINA, A. (ed.). <https://ideasdebabel.wordpress.com/2010/06/06/alexis-marquez-el-lenguaje-del-presidente/>. Última consulta: diciembre 2016.
- _____. 2011. *Poesía hispanoamericana del siglo XX. Del Modernismo a la Vanguardia*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua.
- MÁRQUEZ VILLA, G. 2008. “Al profe sobre Dios”. Inédito.
- MARTA SOSA, J. 2010. “Navegaciones y sueños de una a otra lengua”. *Discurso de incorporación como individuo de número de Don Joaquín Marta Sosa / Contestación del Académico Don Rafael Arráiz Lucca*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua, 3-35.
- MARTÍNEZ FUERTES, M. T. 1996. *Estrategias cognitivas en el desarrollo de destrezas y habilidades de comprensión lectora, lectura crítica y lectura creativa en textos literarios*. Trabajo de grado (Maestría). Universidad Católica Andrés Bello.
- MARTINICH, A. y A. STROLL. 2007. *Much Ado about Nonexistence: Fiction and Reference*. Lanham: Rowman & Littlefield.

- MARWICK, A. y D. BOYD. 2010. "I tweet honestly, I tweet passionately: Twitter users, context collapse, and the imagined audience". *New Media & Society*, 13 (1). 114-33.
- _____. 2014. "Networked privacy: How teenagers negotiate context in social media". *New Media & Society*, 16 (7). 1051-67. DOI: <http://journals.sagepub.com/doi/pdf/10.1177/1461444814543995>.
- MENDOZA FILLOLA, A. 2001. *El intertexto lector. El espacio de encuentro de las aportaciones del texto con las del lector*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- MEYROWITZ, Joshua. 1990. "Redefining the situation: Extending dramaturgy into a theory of social change and media effects", en RIGGINS, S. H. (ed.). *Beyond Goffman: Studies on Communication, Institution, and Social Interaction*. Nueva York: Mouton de Gruyter, 65-97.
- MITCHELL, W. J. 1995. *City of Bits. Space, Place, and the Infobahn*. Cambridge: The MIT Press.
- MONTES, M. (@porlagoma). 2015. "Con mucho dolor les informo que mi profesor Alexis Márquez Rodríguez se despidió para siempre. Dejó lecciones infinitas". 10 de mayo, 8:32 a.m. [Tuit]. <https://twitter.com/porlagoma/status/597424091918782464>. Última consulta: noviembre 2016.
- NAZOA, A. 1979. *Obras completas. Papeles líricos, vol. I*. Caracas: UCV – Dirección de cultura.
- OECD. 2011. *¿Leen actualmente los estudiantes por placer? (PISA in focus, 11)*.
- _____. 2015. *Are there differences in how advantaged and disadvantaged students use the Internet? (PISA in focus, 64)*.
- PALACIOS, A. 1980. *Ana Isabel, una niña decente*. Caracas: Monte Ávila.
- PALMER, A. 2004. *Fictional Minds*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- PARRA, T. de la. 1958. *Memorias de Mamá Blanca*. (Primer festival del libro popular venezolano). Lima: Talleres Santiago Valverde.
- PAZ, O. 1974. *Los hijos del limo*. Barcelona: Seix Barral.
- PÉREZ-CHIRINOS CHURRUCA, V. 2012. "Identidad y redes sociales: construcción narrativa del yo hipertextual". *Austral Comunicación*, 1 (1). 9-25.
- PHELAN, J. 1989. *Reading People, Reading Plots. Character, Progression, and the Interpretation of Narrative*. Chicago: The University of Chicago Press.
- PINCHEIRA, D. 1989. *Gabriela Mistral, guardiana de la vida*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- PRENSKY, M. 2001. "Digital Natives, Digital Immigrants. Part 1". *On the Horizon*, 9 (5). 1-6. DOI: <https://doi.org/10.1108/10748120110424816>.
- _____. 2011. *Enseñar a nativos digitales*. Madrid: SM.

- QUETGLAS, F. 2011. “Ciudades y ciudadanía en un mundo plano (¿o chato?)”, en ARTOPOULOS, A. (coord.). *La sociedad de las cuatro pantallas. Una mirada latinoamericana*. Barcelona: Ariel / Fundación Telefónica, 239-49.
- RAMOS SUCRE, J. A. 1978. *Antología poética*. Caracas: Monte Ávila.
- REVERDY, P. 1977. *Escritos para una poética*. Caracas: Monte Ávila.
- REYES, A. 1960a. “Discurso por la lengua”, en *Obras completas*, T. XI. México: Fondo de Cultura Económica, 312-26.
- RYAN, M. L. 1991. *Possible Worlds, Artificial Intelligence, and Narrative Theory*. Bloomington: Indiana University Press.
- SARLO, B. 1994. *Escenas de la vida postmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- SCHOLES, R. y R. KELLOGG. 1966. *The Nature of Narrative*. Nueva York: Oxford University Press.
- SCHÖN, E. 1986. *Concavidad de horizontes*. Caracas: Dirección de Cultura, UCV.
- SERRANO PUCHE, J. 2012. “La presentación de la persona en las redes sociales: una aproximación desde la obra de Erving Goffman”. *Anàlisi*, 46. 1-17.
- SIBILIA, P. 2008. *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- SPIEGEL, A. 2016. *Decidir frente a las pantallas. Enseñar ciudadanía en tiempos de internet*. Buenos Aires: Estación Mandioca de ediciones.
- SUKACZER, V. 2013. *La memoria de todos*. Buenos Aires: Elevé.
- THOMASSON, A. L. 1999. *Fiction and Metaphysics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____. 2003. “Speaking of Fictional Characters”. *Dialectica*, 57 (2). 207-26.
- TREJO, O. 1981. *También los hombres son ciudades*. Caracas: Monte Ávila.
- VALENZUELA MANZANARES, J. 2011. “Sobre la interacción lengua-mente-cerebro: la metáfora como simulación corporeizada”. *Revista de investigación lingüística*, 14. 109-26.
- VERMEULE, B. 2009. *Why Do We Care about Literary Characters*. Baltimore: Johns Hopkins.
- WERTHEIM, M. 1998. “The Medieval Return of Cyberspace”, en BECKMANN, J. (ed.). *The Virtual Dimension. Architecture, Representation, and Crash Culture*. Nueva York: Princeton Architectural Press, 46-62.
- WESTSTEIJN, W. 2007. “Towards a Cognitive Theory of Character”. *Amsterdam Electronic Journal for Cultural Narratology*, 4. Disponible en http://cf.hum.uva.nl/narratology/a07_weststeijn.htm. Última consulta: octubre 2016.

- WILLIAMS, W. C. 2001. *The Collected Poems, Vol. II. 1939-1962*. Nueva York: New Directions.
- WINOCUR, R. 2009. *Robinson Crusoe ya tiene celular*. México: Siglo XXI.
- YUS, F. 2014. “El discurso de las identidades en línea: el caso de *Facebook*”, en *Discurso & sociedad*, 8 (3). 398-426.
- ZAMBRANO, K. (@kareliszamper). 2016. “Cuando conoció al hermoso joven, le preguntó con picardía: –¿Grey? ¿El de las sombras? –No. Gray, el del retrato”. 20 de septiembre, 6:31 a.m. [Tuit]. <https://twitter.com/kareliszamper/status/778224984397320192>. Última consulta: noviembre 2016.
- ZÉRAFFA, M. 1971. *Personne et personnage*. París: Klincksieck.
- ZICKMUND, S. 2000. “Approaching the radical other: The discursive culture of cyberhate”, en BELL, D. y B. M. KENNEDY (eds.). *The Cybercultures Reader*. Londres: Routledge, 237-53.

CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO LUIS BARRERA LINARES

Conocí a mi recordado profesor y entrañable colega y amigo Alexis Márquez siendo yo todavía un imberbe adolescente, estudiante de cuarto año de bachillerato en el liceo Andrés Bello, de Caracas; con un grupo de muy apreciados condiscípulos fuimos sus alumnos durante el año escolar 1968-1969. La asignatura que nos dictaba aquel caballero de vestimenta muy formal y un atiplado dominio de la palabra podría extrañar hoy a quienes, por motivos más que conocidos, asocian su actividad profesional solo con la lengua y la literatura.

Un día del mes de septiembre de 1968 don Gregorio Alexis Márquez Rodríguez llegó al aula. La primera impresión del grupo fue de misterio. Aquel rostro severo ingresó al salón, se detuvo detrás del escritorio y dijo su nombre de batalla intelectual: “Soy Alexis Márquez”. Esperó más o menos un par de “larguísimos” minutos, suponemos que para generar cierta expectativa de parte nuestra, y completó su presentación: “Seré su profesor de Psicología”.

Una semana después nos asombraba con el dominio pleno que tenía de las escuelas sicológicas y de la historia de esa disciplina. No obstante, aunque estábamos obnubilados por aquellas charlas impecables sobre Sigmund Freud, Jacques Lacan, el conductismo, la introspección y el humanismo explicados de manera clarísima, lo que más nos cautivaba era su vastísima cultura, más allá de los temas ordinarios del programa. Las sesiones discurrían con el tema central pautado para cada día, pero eran complementadas con breves y muy sustanciosos incisos sobre el Imperio romano, la cultura griega, la historia universal, la geografía humana y —sin duda—, lo que más nos impresionaba, el idioma y sus particularidades.

Particularmente, ese año descubrí a un docente magistral, quien desde un principio me generó cierta confianza. A pesar de que algunos de mis compañeros lo consideraban una personalidad enigmática e infranqueable, me acerqué varias veces a él. De su aparente rigidez, recibí no solo interesantes respuestas a mis requerimientos —a veces algo ingenuos—, sino también magníficos consejos sobre posibles lecturas y acerca de algunos asuntos lingüísticos que usualmente perturban la vida de un adolescente. Eran finales de los sesenta, repito, y jamás imaginé en esos días que —según me relatara muchos años después otro de mi más recordados profesores, don Oscar Sambrano Urdaneta—, don Alexis sería el proponente más entusiasta al

postular mi candidatura para ingresar a la Academia Venezolana de la Lengua. Por supuesto que, por motivos de espacio, he omitido aquí el camino conjunto recorrido desde aquella coincidencia liceísta. Quiero sencillamente expresar que, si hay encuentros afortunados, aquel lo fue para mí y “muchísimo más que mucho”.

Lo dicho es motivo más que suficiente para que hoy muestre mi total regocijo porque el sillón que detentó mi admirado profesor vaya a ser ocupado por alguien a quien también conocí en una institución educativa. Un azar luminoso se ha confabulado para que tres historias de vida se fundan con este evento de hoy y las tres hayan tenido la educación como entorno y el lenguaje y la literatura como ejes.

Profesora Lourdes Camila Sifontes Greco, más que bienllegada sea usted como digna sucesora de quien tanto le dio a esta y a otras instituciones.

Profesor Alexis Márquez Rodríguez, siéntase más que cómodo donde se encuentre porque, a juzgar por el enjundioso discurso de la recipiendaria, su magisterio sigue intacto entre nosotros. La dama que lo sucede recorrió también los pasillos y aulas de la misma universidad a la que usted dedicó buena parte de su vida, la UCV. De allí egresó ella en 1986 como Licenciada en Letras. Algunos años después realizó los cursos correspondientes a la maestría en Lingüística (1992-1994), además de haber dictado clases en la Escuela de Letras (1990-1994). Sifontes Greco hizo además vida académica en la misma institución cuya Asociación de Profesores, enalteció aporte a la docencia al otorgarle a su persona, Maestro Alexis, el Premio Simón Bolívar, en el año 2013, celebrando de esa manera su impecable y rectilínea trayectoria universitaria. Me refiero a la Asociación de Profesores de la que también ha sido una de mis más queridas y respetadas casas académicas, una que me recibió con el mayor de los afectos y consideración cuando decidí marcharme del Instituto Pedagógico de Caracas; una en la que son innegables el respeto y el estímulo que siempre ha mostrado hacia su personal, sin distinciones ni discriminaciones de ninguna naturaleza; una que, oficialmente acosada y maltratada de un tiempo para acá —incluso por algunos de sus egresados, hoy en circunstanciales posiciones gubernamentales—, ha sabido mantenerse incólume en sus principios rectores, igual que lo han hecho otras instituciones autónomas. Me refiero a la Universidad Simón Bolívar (USB). Allí hizo casi toda su vida docente quien hoy se incorpora a esta Academia Venezolana de la Lengua. En su recinto ejerció labores de enseñanza durante casi tres décadas. De ella obtuvo una Maestría en Literatura Latinoamericana, en 1991 y un doctorado en Letras, en 1997. También ejerció cargos de importancia relacionados con la gerencia universitaria: fue coordinadora de Estudios Generales del Ciclo Profesional (2003) y luego decana de Estudios Generales (2004-2008), para desempeñarse al final de su carrera como oidora académica

(2010-2014). En la USB, desarrolló además su actividad de investigación, siempre con la mira en mejorar el trabajo docente; allí llevó a cabo, entre muchos otros, un amplio proyecto de investigación sobre los espacios y lenguajes de la narrativa contemporánea y sus relaciones con la virtualidad, temario que derivaría posteriormente en el trabajo de ascenso que la llevó hasta el máximo escalafón de profesora Titular en el año 2006.

Al margen de sus labores universitarias, Lourdes Sifontes Greco ha ejercido también la creación literaria. Siendo todavía estudiante de Letras, se convirtió en el año 1982 en la autora más joven entre quienes para ese momento habían obtenido el prestigioso premio del Concurso de Cuentos del diario *El Nacional*. Polémico y controversial hasta el día de hoy, a propósito de la estructura, del lenguaje y de la aparente disipación de la anécdota planteada, mucho que hablar dio en esos días su relato *Evictos, invictos, convictos*. Para refrescar la memoria sobre este acontecimiento, me voy a permitir, primero, citar un breve fragmento del inicio del relato y, segundo, dos asuntos acerca del mismo. He aquí el comienzo del cuento:

Le sucedió también, era decir propicia toda estación de tregua, momento a las fluideces que tantos habían dicho. Acercanza y la pugna por llegar, la recua de improperios y mesarse la barba desde cuándo si nunca había tenido. Y era decirse tanto, cómo andar en la línea de a simularse surco, cesura, las regencias hidrófobas, Pasteur, Chamberland, medicina, el estudio, siempre ser al estudio, no cejar, no escribir, que creando no era la guerra contra muerte, que eso decía el Maestro, un tal doctor B. Rosenberg que envidaba sus manos, su pulso triste, su precisión ecuánime de cartógrafo miniaturista.

A pocos días de haberse publicado el veredicto y el cuento, un columnista que publicaba bajo el seudónimo Teodardo expresaba lo siguiente:

Es una obra misteriosa, arcana, oculta, secreta, recóndita, sibilina, ignota, distante, inaccesible, lejana, remota, sólo entendible a las mentes esclarecidas, iluminadas y preclaras de una literatura esotérica.¹

¹ Teodardo (seud., 1982, 6 de agosto). “Cuéntame ese cuento”. En *El Nacional*. Caracas (p. A-5).

Asimismo, hubo varios comentarios de esta naturaleza, principalmente en la sección del diario conocida como “Cartas al director”. No obstante, muchos años después, el mismo cuento sería referente importante, tanto para otro relato (*El biombo*²) como para la primera novela del joven escritor venezolano Rodrigo Blanco Calderón (cf. *The night*, 2016) —también ganador del mismo certamen en el año 2006—, quien toma la obra de Sifontes como referente, para achacarlo a un personaje de ficción (Pedro Álamo). En una entrevista concedida en el año 2008, Blanco Calderón expresaría lo que sigue:

Ese cuento es bastante raro, tanto por la historia como por la situación de la escritura. Claro, partí de la premiación de 1982 del concurso de *El Nacional*. Fue un caso muy extraño, porque el cuento elegido de Lourdes Sifontes, “Evictos, invictos y convictos”, es de comienzo a fin absolutamente incomprensible. Entonces, me traté de imaginar un personaje que escribe ese cuento, pero acepta para sí mismo que es ilegible. Es decir, un arrebatado de escritura y de locura.³

Es obvio que, más allá de su estructura y contenido, el cuento ha entrado en la historia de nuestra literatura. Independientemente de que sea o no comprendido, asimilado o decodificable por algunos tipos de lectores, es una referencia importante de nuestro acontecer literario. Alguna vez he sostenido que, con ese texto, la autora dejaba constancia de su admiración por dos importantes escritores venezolanos: Oswaldo Trejo (cuyas travesuras lingüístico-literarias, aparte de haber sido ficcionadas por José Napoleón Oropeza, hemos estudiado ella y yo) y Antonia Palacios (coordinadora del taller literario *Calicanto*, del que doña Lourdes formó parte durante varios años).

Pero hay que añadir que, aparte de ese polémico cuento y otros, la autora ha incursionado exitosamente en la novela y la poesía. En cuanto a la primera, su obra *Los nuevos exilios*, publicada en 1991, obtuvo mención entre las finalistas del Premio Planeta-Venezuela del año 1989. El énfasis mayor de esa narración extensa recae sobre las desapariciones y violación de los derechos humanos, realizadas durante el lapso de la “vuelta a la democracia” con el que Argentina salía de los diversos y siempre oprobiosos zarpazos verde oliva por los que atravesó hasta la llegada a la presidencia de Raúl Alfonsín. En torno de una misteriosa y enigmática mujer que lee las cartas del Tarot, Awala, la historia las vidas cruzadas de varios personajes centrales (Camilo Mondovi,

² Incluido en el libro *Los invencibles* (Caracas: Mondadori, 2017).

³ En Cobos, E. (2008). “Rodrigo Blanco Calderón: ‘Para el escritor la realidad siempre estará filtrada por la literatura’”. *Investigaciones literarias. Anuario IIL* No. 16 vol. II, p. 123.

Marcelo Falco, Ariela Lambert, Jeremías Blumenfeld y Michel Bazin) cuyos espacios de movilidad oscilan entre Buenos Aires, Caracas y París, en tanto sus vidas penden de los hilos perversos y persecuciones movidas por un despreciable militar de nombre Fulano Carulli. Muy a tono con otras realidades latinoamericanas anteriores y posteriores, veamos un breve fragmento que además pueda servir como ejemplo para dar muestra de la distancia discursiva entre esta y *Evictos, invictos, convictos*. El mismo refleja situaciones de allanamientos inexplicables y oscuras persecuciones y retaliaciones, promovidas todavía desde los estamentos militares herederos de las tropelías autoritarias:

Carlitos y Blum encontraron la puerta entreabierta. Parecía haber sido forzada, y el departamento estaba revuelto. Los almohadones habían sido acuchillados, los cristales estaban rotos y había muchos libros destrozados en el suelo.

(...)

En el colchón había una mancha de sangre. (...)

Blum condujo a Carlitos al balcón. (...) Ninguno de los dos se atrevía a pensar qué había sucedido con Cacho y la mujer.

—¿Son amigos de Marta?

Detrás de ellos, una chica asustada había temblado hasta reunir fuerzas para hacer esa pregunta. (...) Tenía los ojos hinchados y esperaba la respuesta ansiosa y tristemente.

—Sí ... bueno, en verdad, no. De Cacho, el marido.

(...) La muchacha se arrojó en los brazos de Blum, sollozando... Blum... Intentó tranquilizarlos a ambos para que la chica pudiese contarles lo que sabía. (...)

Cuando los tipos entraron al departamento de Cacho, todo el mundo se metió en su casa. (...) No vio todo, pero escuchó, y vio cómo los sacaban. Oyó que golpeaban a Cacho preguntándole por uno a quien llamaban “el otro”, y que Cacho juraba no saber... (41-2)

Más nítida no puede ser la relación de estas escenas. Independientemente de las distintas tramas de que está revestida la novela, ahora, nadie podría ya esgrimir el argumento de la ininteligibilidad de su historia, con lo que la autora estaba demostrando su experticia en moverse cómodamente entre los extremos de la narrativa que va desde los relatos herméticos hasta los más anecdóticos. A esto podemos sumar el dominio del

lenguaje lírico demostrado, no solo en la obtención de varios galardones literarios, sino también en sus libros *Puerta de hangar* (1983), *Oficios de auriga* (1992) y *De cómplice y amante* (1993). Y, más aún, Lourdes Sifontes también es autora de una veintena de artículos especializados, aparecidos en diversas revistas o como capítulos de libros. Posiblemente sea, adicionalmente, una de las más relevantes y entusiastas lectoras, conocedoras y estudiosas de un tema literario que, prejuicios siempre de por medio, pueda resultar extraño para algunos investigadores literarios o académicos: me refiero a las horas y páginas múltiples que la autora ha dedicado para desentrañar los misterios discursivos y comunicacionales de la saga de Harry Potter, tema al que dedicara algunos cursos y seminarios, ponencias varias y hasta un muy interesante libro intitolado *Harry Potter: la magia de los textos*, publicado por la editorial Equinoccio en el año 2011. En los siete capítulos de ese libro se busca explicar el hilo misterioso que conecta el universo físico palpable con esos otros mundos posibles que la autora británica J. K. Rowling ha integrado mediante una urdimbre o trama en la que se (con)funden la fantasía, el misterio y la magia, como virtuales espacios alternos en los que llegan a confluír, para sorpresa de analistas literarios, diversos mitos, leyendas, epopeyas, aventuras caballerescas y hasta videojuegos; lo que llevó a Sifontes a catalogar la obra total de “parodia seria” que no debe ser vista nada más como un mecanismo para vender libros. Del contenido de ese volumen se infiere que, más allá de consideraciones superficiales, prejuiciadas al momento de valoraciones literarias ortodoxas, el análisis literario debe fijarse más en este tipo de proyectos, antes de echarlos a un lado bajo el pretexto de su indudable manipulación comercial.

Otro abordaje relacionado con un tema similar, ahora dirigido hacia una meta que va más allá de lo literario, es el encontrado en su trabajo intitolado *Lecturas sobre lo virtual. Espacios y lenguajes de una narratividad contemporánea*⁴, propuesto para su ascenso a profesor Titular de la USB. En el mismo dedica un notable número de páginas a escudriñar la relación entre la narratividad y una serie de “objetos textuales” aparentemente ajenos a los convencionales textos literarios y no siempre formalizados mediante recursos lingüísticos o, en todo caso, complementados con otras estrategias comunicacionales no verbales, como el sonido, el espacio y la imagen: juegos de video, parques temáticos, espacios museísticos contemporáneos y sus vínculos con lo narrativo multimedial, narrativa audiovisual de ciencia ficción y, por supuesto, los entornos virtuales. Luego de un profuso y detallado análisis, concluye proponiendo la noción de **escritura** como medio que abarcaría cualquier construcción narrativa desmontable en lo que denomina “unidades

⁴ Disponible en: https://azslide.com/universidad-simon-bolivar-division-de-ciencias-sociales-y-humanidades-departamen_5a27c77b1723dd49b7267ceb.html. Recuperado: 19-08-2017.

culturales”, aquellas formadas por diversas formas significantes, no siempre ubicables en el habla como mecanismo (re)constructor de referentes.

Estos dos últimos trabajos mencionados se conectan con el tema de su discurso de incorporación: la virtualización como eje imaginario movilizador de los diferentes dominios de la experiencia humana hasta convertirla en metáfora. En tal sentido, sostiene que toda realidad virtual es metafórica, porque siempre recrea el referente que le ha servido de punto de partida. Y toda metáfora tiene su base en la narratividad, entendida esta como foco principal de la cultura lingüística, que es igual que decir de la cultura humana materializada metafóricamente en una lengua.

La historia de la lengua —resalta la autora en su discurso— es la historia del hallazgo de nuestras maneras de mostrar y contar, y en lo literario vivimos la aventura de una lengua que cuenta y muestra mundos que (re)construiremos en la lectura. De aquí que lengua y literatura estén la una en la otra y que los intentos por conocerlas y abordarlas deban mantener un tronco común.

En consecuencia, todo evento lingüístico implica a su vez la existencia imaginaria de personajes: si todo es narración, también la realidad lingüística será espacios y personajes. Cuando nos aproximamos a la lengua, nos confrontamos entonces con la ficción; por eso “leemos” a los otros como si fueran personajes; los construimos a partir de nuestro imaginario; los asociamos con lo que suponemos es la realidad fáctica; sin embargo, esa realidad fáctica no existe como tal porque ha sido reformulada a través de símbolos. En fin, según esto —y aquí radicaría la originalidad del planteamiento—, en todos los ámbitos, incluso en el de la poesía, “esa forma de contar instantes”, como ha dicho la autora, somos lenguaje, somos narración, somos personajes y, en consecuencia, somos metáfora. ¿Implicará esto que toda realidad es virtual?, ¿es una construcción ficcional, metafórica, del universo? Con sobrada razón, se nos recuerda la idea que sobre esto manejaba José Ignacio Cabrujas, para quien la ficción constituía un claro mecanismo de construcción de nuestro entorno.

Luego de plantear esto, pasa la autora al tópico de la “en-red-ada” realidad actual, en la que a veces no sabemos precisar en qué parte de la frontera estamos. Asume, no sin cierta reticencia, la noción del “nativismo digital”, discutible corriente dentro de la que algunos investigadores de la ciberdiscursividad han incluido a quienes supuestamente vienen al mundo con los chips incorporados a sus cromosomas; quizás los mismos —agrego yo— a los que alguna corriente sociológica ha definido como *milenials* o *milénicos*: sujetos que, por haber vivido la multitud de cambios ocurridos entre el ya rudimentario teléfono fijo y los llamados equipos inteligentes, se caracterizan por su total

apertura, aceptación y asimilación hacia cualquier tipo de innovación tecnológica. Se adentra luego en una terminología que, por muy técnica o semitécnica que haya sido en sus inicios, se nos hace ya coloquial, cotidiana: navegar, visita, buzón, colgar, cerrar, subir, descargar, gusano, virus, entre muchas otras, son viejas-nuevas voces alimentadas y reajustadas con acepciones en el universo léxico de la red. Aborda más adelante la volatilidad de las comunicaciones virtuales, la asincronía y la identidad fingida de muchos usuarios, para relacionarlas con la noción de posverdad, tan utilizada en este tiempo en el ambiente sociopolítico. Si en este siglo XXI hay alguna fuente inagotable para construir y poner a circular posverdades es precisamente la web. En ese ámbito sí que es posible partir de la ficción para crear una “realidad real”. Y, con base en su propia experiencia docente, se adentra entonces en la posibilidad pedagógica de aprovechar el nativismo digital a favor de la enseñanza de la lengua y la literatura. Todo un universo discursivo atrapado en dispositivos electrónicos al servicio del conocimiento idiomático y la identidad lingüística. Una tradición que puede ser recogida y aplicada a un fenómeno comunicacional que siempre nos ha inquietado en lo personal: con inteligencia y con optimismo, intentar aminorar la brecha de equivocaciones, posverdades y yerros que buena parte de nuestros hablantes públicos ofrecen a las nuevas generaciones; poner la lengua adecuada, la literatura pertinente, el habla contextualizada, la escritura fluida y la lectura nutritiva a la mano de quienes más la requieren y valiéndonos de sus propios recursos comunicativos virtuales. Ayudarlos y ayudarnos a fortalecer esa principalísima red social que es la lengua, ese magno lugar metafórico y simbólico que nos hace distintos, únicos y, hasta nuevo aviso y como bien lo ha demostrado la teoría psicolingüística, irrepetibles como especie.

Planteamientos estos que muy bien avalan la elección que hemos hecho para que ingrese a esta comunidad académica. Pero hay más. Para beneplácito de quienes propusimos al pleno su nombre como candidata, podríamos agregar que la recipiendaria constituye una verdadera caja de sorpresas. Primero, porque —como hemos demostrado— su relación con el lenguaje no está para nada divorciada del acercamiento a la literatura en sus diferentes manifestaciones (antiguas y modernas). Segundo, debido a que no ha sido solamente una enjundiosa analista e investigadora; como ocurre con varios de los que pertenecemos a esta Corporación, pertenece a ese curioso universo en el que confluyen la creación literaria, los guiones para audiovisuales, el acercamiento a los idiomas, la traducción, el tallerismo literario, la asesoría publicitaria y, por supuesto, la docencia en lenguaje y literatura. A ello tendríamos que agregar otro importante asunto que, al menos en nuestro ámbito, ha llamado la atención de alguno de nuestros numerarios: si se indaga en la página virtual del Registro de profesionales del tenis (Professional Tennis Registry, <http://ptrtennis.businesscatalyst.com>) podría constatarse que también

se ha desempeñado como practicante destacada y, desde 1999, “profesora certificada” de ese deporte, en el rango profesional A-1. Si a ver vamos, también los deportes forman parte de los efectos simbolizadores utilizados por la especie humana: nada más cercano al lenguaje, a sus cadencias, a sus tonalidades, que las metáforas corporales implícitas en cada deporte. Y en el caso del tenis, cómo no asociar el idioma con una pelota cuya forma se va (re)haciendo mientras transcurre el viaje entre una raqueta que la golpea y otra con la que se intenta contenerla.

Añádanse a esto los aportes a la investigación académica, su asistencia a múltiples eventos profesionales en calidad de ponente o conferencista, el hecho de haber recibido entre 1981 y 1994 un importante número de premios y menciones en certámenes y de que varios de sus textos forman parte de distintas antologías. Como puede apreciarse, tendremos entre nosotros a una numeraria cuya actividad profesional ha dejado huella en diversos espacios. De modo que méritos de sobra tiene para suceder a quien sucede.

Para finalizar, me valdré de un concepto de Mijail Bajtín, utilizado por ella como eje de su discurso, el cronotopo. El teórico y filósofo ruso lo utiliza para explicar los vínculos temporales y espaciales que suelen confluír en la estética literaria: crono-topo. Me permito la licencia de retomarlo y aludir con él a ese lugar donde tiempo y espacio se hacen una sola entidad para conformar nuestra esencia de seres "linguopensantes", *homines linguae*, portadores de una herencia ancestral única, definitivamente conformadora de nuestra identidad y guía indiscutible para aprehender, ver, modificar y dar o encontrar sentido a nuestro entorno: la lengua que somos. En ese eje han confluído las trayectorias profesionales de don Alexis Márquez Rodríguez y doña Lourdes Sifontes Greco. Como en muchos de quienes formamos parte de la Academia Venezolana de la Lengua, el cronotopo ha formado parte de las inquietudes de ambos y en él enfocaron toda su vasta actividad profesional; el hogar del espíritu humano que es nuestro idioma ha sido para ellos su piso y su techo; el más relevante motivo de sus vidas universitarias. Palabra de reconocimiento para esta ilustre y ya más que centenaria Academia porque, cobijándolo en sus espacios, se nutrió con la palabra siempre certera de ese Maestro que en muchos terrenos fue don Gregorio Alexis Márquez Rodríguez, y seguramente se alimentará de la experiencia y trabajo de quien a partir de hoy lo sustituye en el sillón letra Z.

Profesora Lourdes Camila Sifontes Greco, gracias por aceptar que de ahora en adelante debemos apelarla como “doña”, vocativo que, en nuestro contexto, más que cualquiera otra cosa, engrandece y honra a las ocho damas que, incluida usted, ya portan una letra y ocupan un sillón en la AVL; retomando una palabra que utilicé durante mi discurso de incorporación en el año 2005, son mujeres “sillonarias”. Cuidado si en algún momento los años nos

juegan una mala pasada y se nos ocurre decirles más bien “doñitas”. Si eso llegare a ocurrir, tómenlo todas como lo que realmente debería ser, un diminutivo generoso, afectivo y respetuoso hacia un valioso grupo que detenta amor, templanza, experiencia y sabiduría. No obstante para los numerarios del sexo masculino la situación parece menos halagadora. Si se persistiera en ese afán por malentender una supuesta paridad lingüístico-genérica que, sin ninguna justificación verdaderamente científica o estrictamente gramatical, conmina a duplicar las referencias a las personas y “personos” y a decir redundantemente “profesores y profesoras, ministros y ministras, individuos e individuosas, miembros y miembrosas”, mucho más nos costará a los caballeros resignarnos a que —al momento de concluir una disertación como esta— el discursante deba despedirse diciendo “doñitas y doñitos, muchas gracias por su atención”. Bienvenida, profesora.

Caracas-Santiago de Chile, enero-marzo de 2018



Z